

Deudas insostenibles

Los primeros días de este mes de febrero pasado nos sorprendieron con una noticia, nada habitual, que encendió una pequeña chispa de luz en la oscuridad de la miseria y el hambre en las que siguen inmersos no pocos países. Los ministros de Finanzas del G-7 (los siete países más ricos del mundo), reunidos en Londres, llegaban a un acuerdo político para la condonación de hasta el 100% de la deuda contraída por los 27 países más pobres (la mayoría africanos) con los organismos multilaterales, principalmente con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Naturalmente, bajo determinadas condiciones. La lista de beneficiarios de esta medida podría ampliarse a otros diez países. Pero en manera alguna se trataría de una medida colectiva, sino que cada caso deberá ser estudiado por separado. La decisión última se tomará en la reunión de los jefes de Estado del G-7 y Rusia, el próximo mes de julio. Una lucecita de esperanza que no permite aún lanzar las campanas al vuelo.

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio

¿Por qué esta novedad en las relaciones económicas internacionales puede producirse este año? La exige otro encuentro no menos

importante –al menos en teoría–: la Asamblea General de la ONU que se va a celebrar en setiembre y que procederá a la primera revisión de los progresos realizados en el plan llamado **Objetivos de Desarrollo del Milenio** (ODM). Como es sabido, el año 2000 189 miembros de las Naciones Unidas aprobaron la **Declaración del Milenio**, que, además de recoger los valores y principios que deben regir a la comunidad internacional en el nuevo milenio y ciertos compromisos genéricos en torno al desarrollo y la reducción de la pobreza, los concretaban en torno a *ocho objetivos* (el último –relativo a un mejor desarrollo del sistema comercial y financiero– quedó muy impreciso).

Ahora bien, esos objetivos, que deben ser alcanzados el año 2015, no han progresado lo más mínimo en estos cinco años. Peor aún: al ritmo actual, de aquí al año 2015 morirán 45 millones más de niños, habrá 247 millones más de personas viviendo con menos de un dólar al día en África subsahariana, habrá 97 millones más de niños sin escolarizar y 53 millones más de personas en todo el mundo carecerán de instalaciones de saneamiento. Con otras palabras, en vísperas del primer examen, la comunidad internacional tiene sus deberes sin hacer. Y ello tiene mucho que ver con la losa de la deuda que pesa sobre los países más pobres, aunque la deuda no es la única responsable del hambre.

A principios de este siglo XXI, la situación de una tercera parte de la humanidad sigue siendo dramática. Lo dicen –en forma positiva– los mismos ODM, sobre todo el primero, que habla de *erradicar la pobreza extrema y el hambre*. Dos mil millones de personas viven con menos de dos dólares diarios. Cada día mueren 30.000 personas de malnutrición o, lo que es lo mismo, de hambre. La más terrible arma de destrucción masiva. *Un «tsunami» semanal*, en expresión del brasileño Lula. La esperanza de vida de los más pobres apenas alcanza a la mitad de la que disfrutaban los más ricos (35,5 años en Afganistán y 28,6 en Liberia: primero y último de los diez países peor clasificados. Como referencia, en España alcanza los 78,7 años). A aumentar esas bajísimas esperanzas de vida están orientados los objetivos n° 4: *reducir la mortalidad infantil* (precisa que se trata de reducirla en dos terceras partes); el n° 5:

mejorar la salud materna (reducir la tasa de mortalidad materna en tres cuartas partes); el n° 6: *combatir el sida, el paludismo y otras enfermedades* (precisa que «combatir» significa «detener y comenzar a reducir» la propagación e incidencia de estas plagas). Estos objetivos, así como el de proporcionar educación básica para todos, fueron definidos sobre la base de que constituyen metas realistas que se podían alcanzar en el plazo fijado.

Mandela, que en vísperas de la reunión de los ministros de Finanzas del G-7 quiso presionarles en un mitin celebrado en *Trafalgar Square*, habló de «*la prisión de la pobreza en la que siguen aprisionados, esclavizados y encadenados*» millones de personas en los países más pobres. Recordó: «*Como la esclavitud y el apartheid, la pobreza no es natural: es obra del hombre y puede ser superada y erradicada por la acción de los seres humanos*». Y concluyó: «*Mientras haya pobreza, no habrá verdadera libertad*».

De hecho otra vez, en pleno siglo XXI, se vuelve a hablar de barcos negreros, de un enorme tráfico de prostitutas y de una inmigración descontrolada, a la que los países del Norte no consiguen poner freno. ¿Son estos efectos, ciertamente no pretendidos, de los actuales desequilibrios los que están haciendo emerger el tímido viraje que parece iniciar el G-7 en torno al problema de la deuda? Llama la atención que este nuevo planteamiento ha suscitado la aprobación unánime de los líderes de la economía mundial, incluido el muy reservado *Foro Económico de Davos*, partidario igualmente de los ODM, y que debe saber que estos objetivos no los van a alcanzar unos países enteramente paralizados por su deuda exterior.

Treinta años de sacrificios inútiles

La deuda de los países más pobres se ha ido incrementando durante tres décadas y no hay visos de que la puedan saldar algún día, ni tan siquiera reducirla. Se trata, manifiestamente, de una situación injusta porque, de hecho, los préstamos han sido devueltos sobradamente. Y, además, absurda. Sólo el empecinamiento ideológico o la avaricia de los

acreedores puede encontrar justificado este túnel sin salida. En el tema de la deuda externa, una de las partes es también juez inapelable: los países acreedores y las instituciones internacionales –controladas por esos mismos acreedores– son los que deciden las modalidades de pago y hasta cuándo ha de durar esta situación. Aquí no hay (como en las deudas entre entidades privadas), un juez que pueda dictar una quiebra y las obligaciones de cada parte. Sin embargo es manifiesto que un Estado incapaz de asegurar alimentación, sanidad e instrucción a sus ciudadanos es un Estado en quiebra.

Muchos créditos se concedieron a los países del Sur en condiciones de sospechosa complicidad entre prestamistas del Norte y dictadores del Sur, sin la menor información a las poblaciones interesadas y con notoria irresponsabilidad por ambas partes. Las sumas prestadas se invirtieron frecuentemente en programas de los que sólo unos pocos podían beneficiarse.

El acceso a nuevos préstamos va ligado a la aceptación de las llamadas *políticas de ajuste estructural* y de estabilización que conceden prioridad al pago de la deuda y obligan a practicar severos recortes en los gastos sociales (salud, educación, bienestar, etc.), a reducir plantillas en las empresas públicas, al cierre de no pocas empresas privadas, incapaces de competir con las extranjeras, a las que se les han abierto obligatoriamente las puertas. Los tipos de interés practicados con los países pobres llegan a ser cuatro veces más elevados que los normales, debido a su menor grado de solvencia. De esta forma, quedan prácticamente excluidos de los mercados financieros y enteramente subordinados a los dictados de los organismos internacionales, en particular del FMI. Un verdadero círculo vicioso del que no es posible salir. En tales circunstancias, aumenta la probabilidad de que se produzcan conflictos sociales e incluso guerras civiles. Sin embargo este análisis rechaza toda forma de maniqueísmo, en particular la que sitúa el Bien en el Sur y el Mal en el Norte. Simplemente, denuncia unas estructuras que no admiten justificación y que los Estados del Norte no aceptan dentro de sus fronteras. Lo cual no impide que también en el Sur se estén cometiendo errores y abusos.

En 1996, los países del Sur debían al Norte más de dos billones de dólares, casi el doble que diez años antes. Cerca del 50% de los pagos anuales de los países deudores del Sur corresponden a intereses de la deuda. Casi todos deben suscribir nuevos préstamos para poder atender al servicio de la deuda, lo cual, añadido a los intereses variables, hace que la deuda, en vez de disminuir, muchas veces siga aumentando. Por todo ello, cada vez con más frecuencia se tilda de usura a este empeño por seguir exprimiendo el jugo de unas economías y unas poblaciones exhaustas.

Responsabilidades compartidas

Hasta la fecha, la ideología neoliberal sólo ha reconocido la responsabilidad de los deudores, ya que el sistema de libre comercio sólo puede funcionar sobre la base del sagrado deber del pago de las deudas. Sin embargo, los ODM reconocen implícitamente que la comunidad internacional –muy en particular, los países ricos– tiene una responsabilidad en la actual situación de miseria de no pocos países. Los gobiernos de los países ricos habían abandonado su propia lógica de libre mercado cuando se dedicaban a presionar a los países endeudados en defensa de los intereses de sus bancos y empresas, siendo así que la lógica de la libre empresa habría exigido que cada cual se defiende con sus propios medios sin recurrir a la protección de los Estados. El negocio de los préstamos, como todo negocio, tiene sus riesgos. Si un préstamo o un contrato industrial ha sido suscrito de manera irresponsable, no es función del Estado –en la lógica liberal– salir en ayuda de los particulares para que éstos cobren lo que se les debe. Pero una cosa son los principios y otra la práctica.

Por otra parte, muchas de estas deudas fueron contraídas en una época –la de la «Guerra Fría»– en la que regía una estrecha complicidad entre países prestamistas y prestatarios y en la que estos últimos estaban dirigidos por dictadores que gozaban de un apoyo incondicional por parte de los gobiernos y las empresas del Norte. El caso de Irak es uno de los más claros: los principales países industrializados mantuvieron

una estrecha colaboración militar y comercial con el gobierno decididamente anticomunista de S. Husein. Sin embargo a fines del pasado año, los socios occidentales de Irak se plantearon la posibilidad —contra los más elementales principios del liberalismo— de suprimir su deuda, de un volumen considerablemente superior al de los países menos avanzados. Para empezar, Alemania y Francia sólo estaban dispuestas a reducir dicha deuda, como mucho, hasta el 50%, mientras que los EE UU querían que le fuera perdonada en su totalidad. Finalmente, con la colaboración del FMI, se ha preparado un plan para reducir en un 80% la deuda de Irak. Sin embargo, el ministro alemán de Finanzas advirtió de que este acuerdo no debía considerarse como un precedente para las negociaciones con otros países. ¿Por qué creyó necesario lanzar tal advertencia? ¿Era un aviso de que se van a seguir utilizando dos varas de medir?

El octavo objetivo de los ODM, que fija como tarea *«fomentar una asociación mundial para el desarrollo»*, acepta de una manera explícita la responsabilidad compartida entre países prestamistas y prestatarios. La expresa de la manera siguiente: *«Ello incluye el compromiso de lograr una buena gestión de los asuntos públicos y la reducción de la pobreza en cada país y en el plano internacional»*. Este mismo objetivo habla de *«atender las necesidades especiales de los países menos adelantados (...) ello incluye el programa mejorado de alivio de la deuda de los países pobres muy endeudados, (...) elaborar y aplicar estrategias que proporcionen a los jóvenes un trabajo digno y productivo, (...) proporcionar acceso a los medicamentos esenciales, (...) velar por que se puedan aprovechar los beneficios de las nuevas tecnologías...»*. Ninguno de estos objetivos parciales es mínimamente realista si pesa sobre ellos la losa de una deuda insostenible.

Los profundos desequilibrios globales que están poniendo de manifiesto los grandes movimientos migratorios actuales han de empujar a toda la comunidad internacional —sobre todo a los países más poderosos— a suprimir los graves frenos al desarrollo, entre los que ocupa un lugar destacado la deuda que asfixia a los más pobres. ■